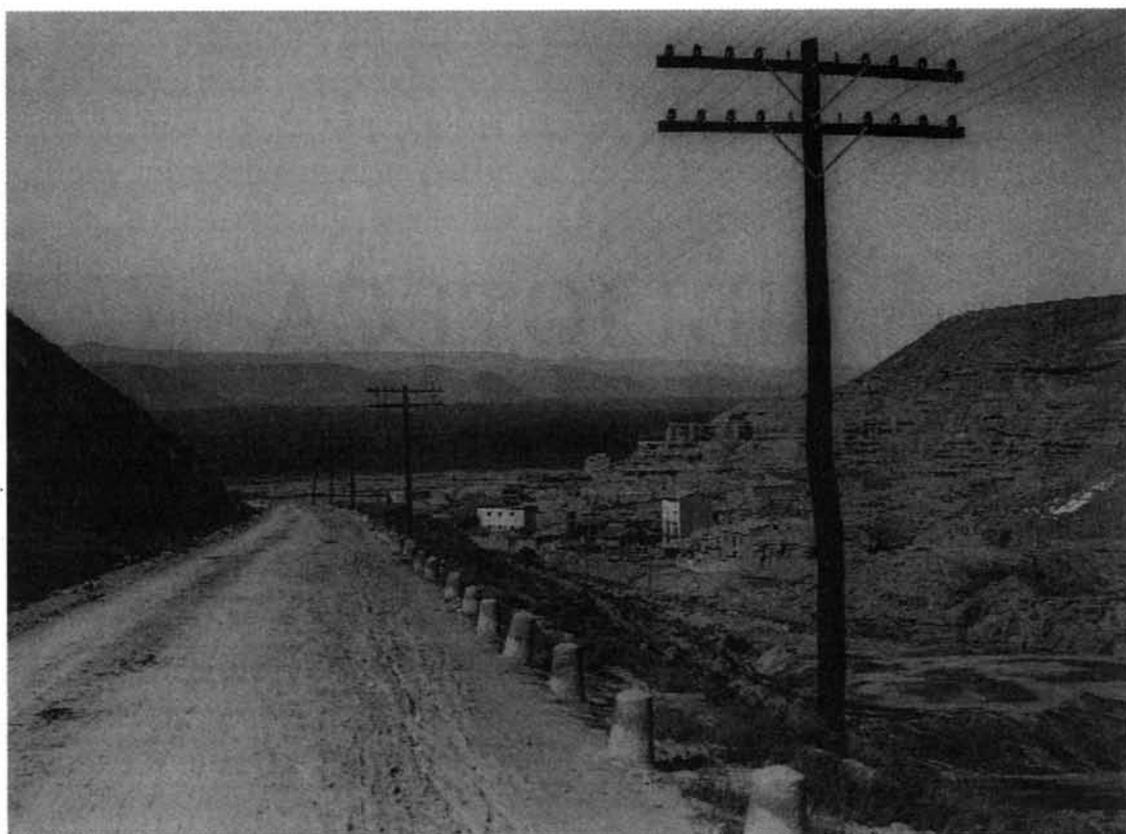


# BIBLIOTECA



Gaspar, 1926. Fraga (Huesca)

## España intransitiva

Isaac Rosa (Sevilla, 1974) ha escrito la novela menos complaciente y más conmovedora de estos tiempos de nueva edad conflictiva española. *El vano ayer* (Seix Barral, 2004) demanda atención, reveladoramente, desde Caracas gracias al Premio Rómulo Gallegos (2005) que con rara audacia entre los premios, devaluados hoy por la redundancia, apuesta por la extraordinaria calidad de esta novela. Se trata, hay que decir, de una demanda casi excesiva.

En primer lugar, esta novela proviene del modelo introspectivo del gran relato de la España intransitiva (más conjurada que conjugada), que adelantaron Unamuno, Machado, María Zambrano, Juan Larrea y Américo Castro, y han actualizado Juan Goytisolo, Carlos Castilla del Pino y Ángel González, entre otros. Desde las versiones de Martín Santos, Luis Goytisolo, Miguel Espinosa, Caballero Bonald, Manuel Vázquez Montalbán y Juan Marsé en torno al franquismo, no habíamos tenido una novela con la autoridad narrativa, urgencia moral y drama formal de *El vano ayer*. Los años de la dictadura y los de la transición han pasado del recuento del drama al drama de las interpreta-

ciones, y hay excelentes novelas que replantean su memoria en la lectura. Algunas, como *Soldados de Salamina*, de Javier Cercas, son notablemente exitosas. Otras, como *Francomoribundia* de Juan Luis Cebrián, rehacen el camino de la formación política como gesta de la identidad generacional.

En *El vano ayer* Isaac Rosa se propone no el relato de la dictadura sino el debate de sus interpretaciones. Busca representar la inverosimilitud de la violencia física, moral y política que contamina de incertidumbre a los protagonistas y torna improbable cualquier justicia. El franquismo se nos impone, así, incólume como una pesadilla y tal vez irreparable como una tragedia. Isaac Rosa discute las alternativas de lo ocurrido como valoraciones al uso, y en un gesto de extrema agudeza revela las respuestas justificatorias, la verdad excusada, y la dominante política del olvido.

En segundo lugar, *El vano ayer* nos convoca a compartir una puesta al día del conflicto: el franquismo no ha terminado sino que se ha prolongado en la transición, convertido en un relato trivializado por la novela liviana, el cine ameno y la televisión complaciente. Pero si todo ese menoscabo de la esfera pública forma parte de las evidencias, esta novela requiere empezar por su propia puesta

en duda: ¿cómo escribir una novela sobre la dictadura que no sólo esté libre de las reglas de juego sino que incluya al lector?

Isaac Rosa asume lo más difícil: convertir esa pregunta en la novela misma. *El vano ayer*, en efecto, es una novela sobre cómo hacer una novela sobre el relato español. Si ello fue ya postulado por Unamuno y debatido por Juan Goytisolo, Rosa actualiza la pregunta desde la postguerra descarnada y el franquismo encarnizado. Y aun si ello ha sido debatido por los memorialistas, novelistas y poetas de la conciencia de la derrota republicana, Rosa se interroga por las interpretaciones más actuales, por las políticas de la memoria que descuentan el saldo trágico, excusan el juicio pendiente y hacen, como escribió Machado, del «vano ayer» un «mañana vacío.» La hipótesis es que el brutal ayer ha engendrado un hoy brutal. La novela es el cuerpo vivo de ese tiempo herido. Esto es, el lugar donde lo reprimido (tanto la violencia sobre el cuerpo como la agonía de la subjetividad) reaparece con la fuerza de su demanda.

La novela se busca a sí misma en el paisaje de los libros para encontrar a sus personajes entre «los completamente desconocidos, los olvidados.» Recorre el balance histórico y social del fran-

quismo y entre dirigentes presos y profesores expulsados, se detiene en la referencia que tres libros dedicados a la universidad durante el franquismo hacen (supuestamente) de la detención y posterior expatriación del (supuesto) profesor Julio Denis. Pero «el autor» nos dice la novela se rehúsa a cualquiera argumento «guerracivilés» al uso pero también al reportaje o el relato «Basado en Hechos Reales.» Más radicalmente, sus personajes casuales dejarán de serlo cuando sus historias tentativas, discutidas por «el autor» pero también por sus activos lectores, se desplieguen entre las opciones del relato, se tomen en paradigmas de lo desconocido por reprimido, de lo ignorado por acallado; y sean, por fin, protagonistas cabales de su tragedia indocumentada. Las historias del profesor Julio Denis (¿delator o víctima?) y del dirigente estudiantil André Sánchez (¿traidor o héroe?) se alternan entre versiones posibles, en busca de su propia certidumbre. Pero la novela no se detiene en el relativismo de las equivalencias ni en el heroísmo de las resistencias sino que suscita un relato más lacónico y lúcido: el de una verdad alarmada, que sólo puede encarnar en la ficción. Al final, la novela es un ejercicio de hermenéutica: un instrumento en la lucha por la interpretación.